

LA HISTORIA DE SULTÁN



*Contado por Pedrito Alarcón a
su hijo Héctor*

Mayo de 2006

La siguiente historia transcurrió entre 1939 y 1942 en las tierras del Tolima y el Huila.

Parecía que el farmacéuta de Santa Teresa, al igual que el de la novela “Madame Bovary”, era más que farmacéuta. Hacía las veces de médico, cultivaba lecturas curiosas, y experimentaba la alquimia en los menjurjes a base de plantas medicinales y minerales mágicos. Pero éste, además, tenía en el patio de su casa una cría de perros lobos. Algunos lograba venderlos, pero la mayoría eran regalados recién nacidos a los amigos, y a personas que merecieran tal obsequio, con lo cual ampliaba la audiencia de clientes y conocidos.

Cierto día una de las hembras dio a luz una camada bastante considerable de cachorros. Logró regalarlos a todos, menos a uno, que con el paso del tiempo llegaría a ser Sultán, el protagonista de esta historia. No le quedaba más remedio al farmacéuta que criar a Sultán en medio de sus canes favoritos, y éste respondió dando especiales muestras de cariño a su amo, tanto que el farmacéuta lo comenzó a llevar en las giras campestres cuando hacía las veces de médico del pueblo.

Y sí señor que en las casas campesinas comenzaron a distinguirlo y a mimarlo. Sultán crecía y era el compañero ideal, en todas partes le ofrecían algo de comer mientras su amo aceptaba una limonada, tomaba un café con aguadepanela, o almorzaba cuando no estaba de afán. Pero Sultán traía consigo una herencia genética atávica que comenzaba a manifestarse con el paso de los meses. Su apariencia se hacía imponente, y adquiría

cierto aire más de lobo que de perro. Igualmente su apetito aumentaba, y el instinto lo impulsaba a buscar alimentos diferentes.

Ya era fama entre las gentes del campo que el perro del farmacéuta comía demasiado. Y que no se contentaba con lo que le daban, y que comenzaba a esculcar en las cocinas, y a robar comida. Las gentes le cogieron fastidio y le pedían de buena manera al dueño que, por favor, no lo volviera a traer. Este inicialmente aceptó las razones, y cuando salía lo dejaba encerrado en el corral, pero Sultán ya estaba acostumbrado a andar por el campo, y cuando se sentía solo se escapaba en busca del farmacéuta. Y en esas escapadas seguía causando desastres en las cocinas y en los corrales de los campesinos. Y pasó lo que tenía que pasar.

Dejando de lado la amistad y las consideraciones con el farmacéuta, una señora afectada no aguantó más, y en uso de su legítimo derecho y con pleno uso de sus facultades, le echó una ollada de agua hirviendo a Sultán causándole una peladura enorme. Y solo así se terminó de convencer el dueño de que aquel perro no le convenía a su trabajo, y tomó nuevas precauciones para encerrar al perro en el corral, no sin antes propiciarle toda suerte de regaños y castigos.

Los días siguientes se ocupaba el farmacéuta de alabar la estampa y nobleza del perro, su inteligencia y habilidad para las faenas del campo, cosas todas ciertas, y acentuaba que lo que necesitaba era mayor atención, y dado que el tenía tantos perros, no podía dedicar sus preferencias a Sultán, y que por eso estaba ofreciendo regalarlo a algún amigo que si supiera apreciar su valor. Pero nadie quería recibirlo, porque su fama ya rebosaba los linderos de la comarca.

Entretanto pasaban los días y Sultán se desesperaba. Los controles iniciales fueron aflojando y en un descuido Sultán se fugó y huyó al monte. Se decía que no se dejaba ver, convencido que nadie lo quería, y que se alimentaba de guayabas y pulpa de café. Sultán comenzó a llevar una vida semi salvaje, pero no se alejaba demasiado de su antigua casa.

Santa Teresa era un bonito pueblo cafetero de la Cordillera Central de Colombia, corregimiento perteneciente al municipio del Líbano en el departamento del Tolima. Hasta allí había llegado un técnico cafetero, nombrado por la Federación, para atender a los cultivadores y enseñarles las nuevas técnicas. Gustavo se hizo muy amigo del farmacéuta. Los técnicos de la Federación eran personas muy importantes, capacitadas y reconocidas por los campesinos.

Cuando iba aumentando esa amistad, al farmacéuta le entró la nostalgia por su perro, y sin pensarlo dos veces le ofreció a Gustavo un regalo. Sería una sorpresa, le dijo, lógicamente es uno de mis perros, pero este es muy especial. Es un lobo precioso...no lo tengo aquí, pero en dos días lo traigo. Gustavo aceptó encantado. El farmacéuta sufría mucho por su perro, y no le había perdido ni el rastro ni el cariño. Al otro día compró una correa nueva, muy fina, y se fue a caminar en busca de Sultán. El noble animal no dudó en salir al encuentro de su amo, como si nada hubiera pasado, recibió un baño y buena comida. Gustavo apreció mucho el regalo y Sultán se encariñó con el.

Pero Gustavo, sin conocer la historia, comenzó a llevar a Sultán a sus giras. Aunque se portaba bien, los campesinos comenzaron a sugerirle que era mejor que no volviera a llevar el perro consigo, que tenía muy mala fama, y que un día de estos el perro se acordaría de sus mañas y que no vaya y fuera el diablo que lo iba a hacer quedar mal, y que eso no le convenía a él porque su cargo era muy importante y los cafeteros lo necesitaban y le respetaban. Gustavo si había observado que el animal comía mucho, y sin contarle nada al farmaceuta, decidió comenzar a buscar a quien regalárselo.

Quiso la casualidad que por esos días mi padre llegara al Líbano a supervisar los trabajos como director de la división técnica del Comité de cafeteros. Gustavo, su subalterno, llegó al Líbano a saludarlo. Le dijo que quería hacerle un regalo muy especial. Que lo tenía en Santa Teresa, pero que en unos días se lo traía, antes de que regresara a Ibagué. Y así podría decirle al farmaceuta que teniendo que darle algo a su jefe, que estaba recién casado y de visita con su esposa en la granja del Líbano, no había encontrado mejor regalo, muy a pesar suyo, que desprenderse de Sultán, porque precisamente él estaba buscando comprar uno, y todos tan contentos.

A mi padre le pareció que el perro era bastante fino y no solo aceptó el regalo sino que decidió adoptarlo “de verdad”, es decir, como compañero de vida y miembro de la familia. Con mi papá habían venido hasta el Líbano mi madre y mi abuelo. Entonces, como debía permanecer allí un tiempo, alquiló un taxi para que ellos regresaran a Ibagué con Sultán.

Ya en la ciudad... “era sumamente aseado y obediente, cuidaba la casa, era buen guardián pero sin atacar a los amigos...”. Pero el apartamento de Pedro y Pepa era muy pequeño, y aprovechando el viaje de regreso de papá Pedro, mi padre tomó la decisión de enviarlo a Neiva con él. Papá Pedro, solo y viudo, se fue a vivir a la finca de Santa Teresita del Agrazal, y se llevó a Sultán.

Para llegar al “Agrazal” se iba de Neiva hasta el Caguán en carro, por una carretera polvorienta de unos ocho kilómetros hasta el pie de la cordillera. Luego se atravesaba el río Arenoso, y se subía por entre las casitas de El Pedregal, resguardo indígena, se descansaba en Cartagena, la finca de don Vicente Hermida, y se encumbraba a pie o a caballo por la loma del Chapuro. Papá Pedro estaba recién instalado, salía con frecuencia a sus diligencias y compromisos y por eso no tenía ganado.

Vecino de la finca era don José, quien arrendó los potreros. Desde el primer día de llegado, Sultán salió con él a rodear el ganado, y resultó magnífico vaquero y hábil pastor. Todas las tardes llegaba don José a llevar los animales para el corral de su finca, y Sultán le ayudaba a recogerlos, pero nunca se le ocurrió darle algo por su trabajo, ni tampoco agradecerle a Papá Pedro por la ayuda del perro. Pero eso si, se apareció una tarde a la casa a decirle a mi abuelo que qué pena pero que tenía una queja de Sultán, porque la noche anterior lo había seguido hasta su casa y se había metido a la cocina y se había comido 17 quesos, contados, de los grandes, que tenía listos para vender en Neiva y que ya estaban encargados.



Con Carlos Correa



Con Javiercito en el Agrazal



Con Pepa en El Libano, Tolima



Con la tía Margoth



Con Papá Pedro y Pepa



En Palermo

Mi abuelo se disculpó, prometió ser más cuidadoso, y ordenó al agregado de la finca que cuando estuviera ausente no le descuidara la comida a Sultán. Claro que años más tarde, nos contaba la anécdota riendo, diciendo que eso había estado bien, porque como no le pagaban su trabajo el mismo se había cobrado con quesos.

Durante un tiempo no le faltó a Sultán la buena comida, pero al cabo de los días se fue convirtiendo en abundantes cantidades de plátano y yuca. De vez en cuando comía los pedazos de carne de los sobrados, pero comenzó a sufrir por falta de proteína. Entonces ocurrió un hecho extraordinario.

Otro vecino había dejado al cuidado de Papá Pedro una vaca con su cría enferma. El trato era el siguiente, que mi abuelo podía ordeñar la vaca a cambio de cuidar y curar al ternero que tenía una gran herida en una de sus piernas. Los remedios y los cocimientos a base de yerbas de mi abuelo no parecían hacer mayor efecto, y cuando el ternero quedaba amarrado a una columna del corredor de la casa, Sultán se compadecía y se acercaba silenciosamente a lamerle la herida, y si señor que comenzó a sanar.

Cierto día, cuando la herida ya estaba cerrando, papá Pedro no encontró al ternero. Comenzó a buscarlo para poder ordeñar la vaca, y no aparecía por ninguna parte. Sultán permanecía huraño, cerca de la casa. Con la ayuda de un peón recorrieron todos los montes y cañadas de la finca hasta que encontraron al ternero muerto escondido entre unos matorrales. Le faltaba la pierna herida, que había sido devorada completamente por Sultán. La había curado para comérsela después.

La tía Chava había venido a visitar a Papá Pedro, y debía regresar a Oporapa, al sur del Huila, donde vivía con su familia. Como mi abuelo se iba a un viaje largo y tenía que dejar la finca sola, acordaron que mi tía se llevara al perro definitivamente, pues Clodomiro, su esposo tenía fincas con ganado y Sultán le sería muy útil.

En Oporapa mis primos se encariñaron con Sultán, aunque en la casa y en las fincas ya había numerosos perros. Era la primera vez que compartía su vida con niños. Debido al tamaño y a la edad lo montaban a manera de caballo y Sultán aceptaba sus juegos. Clodomiro lo llevaba a la finca cercana, donde asumía con demasiado celo su papel de perro pastor. Seguramente se creía un experimentado veterano, y las vacas comenzaron a cogerle odio y fastidio, le daban patadas y lo corneaban.

Una vez por descuido, o por coincidencia, nadie se acordó que Sultán estaba amarrado en el corral. Allí lo cogió la noche. El ganado regresaba a dormir al corral. Sultán amaneció muerto. Lo mataron las vacas en Oporapa.

Fin